

Crónica de la Excursión a Santiago y pazos de Oca y Rivadulla
22 a 24 de marzo de 2019

Martín Caicoya

Uno se imagina Santiago bajo la lluvia fina y suave, el cuarzo del granito reluciente, los paraguas, los zancos, las gabardinas, los transeuntes apresurados resguardándose bajo los aleros, en los soportales...nada de eso existe ya, como tampoco existen los coches, o las motos o las camionetas en el centro de Santiago. Solo las losas de granito, severas, como lo son las fachadas, inmensas, sobrecogedoras, de los conventos, de los monasterios, de las universidades, del gobierno. Santiago es granito y de granito es nuestro hotel. Está en la parte baja, sobre las antiguas murallas. Y aún la rebajaron más para poder edificar una torre alta que no compitiera con las del Obradoiro. La pobreza franciscana negada en este convento aún habitado por monjes. Antes de ser hotel fue colegio mayor, ahí estudio el cuñado de Victoria Couce, que nos acompañó, con su familia, en la excursión.

La llegada fue una prueba de esfuerzo para el Luis, el conductor, un hombre serio, cumplidor estricto de su deber. En la explanada del hotel nos esperaba el aposentador, así se denominó. Vestido de negro indicó a Luis que descendiera por la angosta calle que desemboca en el campo, para desde allí entrar marcha atrás por la estrecha puerta de la plaza del hotel. Luis manejó el autobús de más de 50 plazas con una maestría asombrosa, varias maniobras al límite, sin modificar el gesto, sin que percibiéramos que la camisa en el sobaco cambiara de color.

Entonces, la estampida para llegar cuanto antes a la recepción y ser atendido. Pronto se hizo un tapón, por más prisa que se dieron los recepcionistas. Y otro más para subir a la habitación en uno de los dos ascensores, cada uno a diferentes plantas, el 4A, o el 4B. Mientras, todos reconocían la amabilidad de los empleados y las bondades del hotel, una rehabilitación cuidadosa del convento del XVIII. Las habitaciones son amplias, las ventanas dobles, conservan la forma de entonces, los baños espaciosos, un amplio sofá, una cómoda butaca, todo preparado para estar y descansar.

Se acercaba ya la hora de cenar, apenas tiempo para un primer contacto con Santiago. Para llegar al comedor es necesario atravesar dos claustros neoclásicos, el primero cubierto, el segundo con sombreros. El refectorio está amueblado con amplias mesas redondas, bien puestas, éramos los únicos comensales. Un ejército de camareros vestidos de negro nos atendía con celeridad. En la pared, el púlpito desde el que leían los textos sagrados mientras los monjes se alimentaban y disfrutaban de su justa ración de vino, una émina de vino: 273 centímetros cúbicos, de acuerdo con la regla de San Benito del siglo VI. El nuestro fue muy ponderado, sobre todo el blanco que corrió como el agua lo hacía antes por las calles de Santiago.

Agradecemos que no nos impusieran una hora para el desayuno. Buenos jugos, frutas, espléndidas tartas, Milagros descubrió la de manzana exquisita, todo tipo de panes, churros y huevos. Y a las 9,50 estábamos todos listos para ir juntos al estacionamiento de autobuses. Solo había que subir las escaleras coronadas con un historiado cruceiro y bajar por la calle que rodea las murallas, la almedra medieval de Santiago.

Para llegar al pazo de Oca nos metimos pronto por carreteras secundarias, parecía que el enorme autobús iba diseccionando el paisaje. Vimos mucho eucalipto, notamos que las fincas estaban cerradas con emparrados, pocos cultivos de frutales: una orografía de suaves colinas y grandes llanuras onduladas. Delante del Pazo de Oca hay un gran cruceiro sobre un pedestal de escaleras colocado excéntrico en la plaza cerrada con cadenas. Allí nos esperaban los que habían venido por su cuenta, la ya mencionada familia Couce y los Zubizarreta. Era la primera excursión en muchos años que no organizaba y dirigía Vicente, nos sentíamos un poco huérfanos e inquietos. Pero Carmen Natal lo suplió divinamente.

El pazo es una construcción de dos pisos de piedra de sillería con una torre de tres alturas coronada con almenas en un extremo y en el otro, separado por un corredor, una iglesia con dos torres barrocas. La fachada es austera, con ventanas/balcón bien ordenadas. Desde ambos extremos de la fachada principal salen otros cuerpos formando una C.

Los guías nos dividieron en dos grupos, uno para visitar el palacio mientras el otro recorría el jardín. Se entra por un patio cubierto que da acceso a la escalera principal, por la que no ascendimos. En ese patio están los escudos de los primeros propietarios, del siglo XV, cuando todavía era solo una torre. Creció para convertirse en lo que es ahora pero no alcanzó el tamaño previsto. Ascendimos por una escalera que llega a la antigua cocina, un lar muy grande cubierto por una campana. Se ha transformado en el cuarto de estar más acogedor, el que usa la familia cuando viene. Está amueblado con cómodos sofás y butacas, una mesa grande cubierta de libros de consulta, otra alta detrás del sofá donde han colocado herramientas del campo. Varios retratos de los ancestros de mediocre calidad. Desde allí fuimos a la capilla a través de un puente de piedra que la une con el palacio. Es de buen tamaño, neoclásica, se usa para las misas dominicales del pueblo. Regresamos para recorrer los salones comenzando por un comedor para unas 16 personas, sillas severas y pesadas, alfombras de nudo español, ancestros en las paredes. Pero antes tuvimos que ponernos calzas para no llenar de polvo las alfombras. Desde ahí se puede ver la sucesión de salones. El más largo parece que servía de sala de baile: hay varias sillas tapizadas en seda en regular condición, una enorme alfombra raída, muy apreciada por los dueños, que no se puede pisar. En otra sala, con paredes de madera pintada hicieron cuatro cuartos, con una cama cada uno, eso da idea del tamaño de los salones. El último es el dormitorio principal, en la cabecera un apóstol que no pudimos identificar, debajo, en el cabecero de la cama una inscripción recordando que allí durmió el príncipe de Asturias. En unos de los salones, más pequeño e íntimo, hay varios retratos de mujeres jóvenes, un poco al estilo Reynolds, no identificados según la guía, que creen pertenecen a la familia. En otra pared fotos Alfonso XIII cazando o dedicadas, y algunas de jóvenes delicadas: "es guapa a romper" dijo Berto de una de ellas. Desde el dormitorio se accede a un pasillo que tiene más cuartos a su derecha, más pequeños y acogedores, amueblados con tapicería inglesa, lo mismo que los papeles de las paredes, todos con cuarto de baño. En el pasillo acuarelas de una expedición al polo norte en la que participó la familia. Por una escalera interior descendimos a la sala de juegos que ocupa el espacio de varios salones. Hay un fútbolín, mesas de juego, un juego de bolas... Desde ahí al jardín.

El que linda con la fachada posterior, inclinado, está dividido en dos parcelas, ninguna de ellas ajardinada. En una hay un horreo lo que indica que en una época estuvo dedicado a huerta. Al fondo, por un camino cubierto por un emparrado y bordeado de prados plantados con camelias jóvenes de tallo muy alto, se llega a los estanques en los que nadan cisnes blancos y negros, patos y ocas. En la cabecera hay un laberinto de camelias, allí que nos encontramos y perdimos varias veces. Al final de los sucesivos estanques está el campo de cultivo, huertas que en ese momento no estaban cuidadas. Sobre los estanques hay unos prados elevados plantados de olivos.

El jardín más atractivo es el que está pegado a la fachada principal, por detrás. Está compuesto de varias parcelas plantadas con especies arbustivas de diferente floración, linda con los lavaderos y el laberinto de camelias por un lado y por el otro con el de boj, que está en reparación y no pudimos visitar.

La comida estaba prevista en un restaurante de carretera. Nos dispusieron en tres mesas largas en un comedor luminoso. El primer plato un caldo gallego consistente en berzas, alubias y patatas que tenían un regusto a sebo algo rancio, lo esperado. Servidos por camareros amables, silenciosos y solícitos que derramaban con cuidado las garcillas en el plato sopero ofreciendo la cantidad que se deseara, contrastaba su delicadeza con la decoración suntuosa del restaurante. Nos había puesto un vino tinto de color intenso, espeso, sabroso, sin matices que pronto recibió los justos halagos que le correspondían. El segundo plato un churrasco de ternera con patatas fritas y ensalada: algunos repetimos. De postre una tarta de queso. Nos pidieron que tomáramos el café en el bar, suponemos que para doblar mesas. Muy eficaces las camareras se las arreglaron para satisfacer los diferentes gustos: solo muy corto, largo con leche, descafeinado de máquina, cortado, americano...alguno se atrevió con el orujo, qué envidia.

El trayecto al pazo de Rivadulla fue corto atravesando los campos por carreteras secundarias. Atravesamos el río Ulla que da origen a ese apellido y nombre al pazo. Dejamos el autobús al comienzo del camino de acceso donde se encontraba nuestra guía que es una trabajadora del vivero de camelias, industria montada por el General Armada. Allí nos explicó el origen, lo compró un canónigo como finca de recreo que fue creciendo hasta contener 35 hectáreas intramuros y otras 10 extramuros. Fue una granja de vacas, ahora solo tienen 12, además de otros cultivos, incluido el aceite, industria que tuvieron que dejar en el XVI por ordenanza real. En el camino de entrada, a la izquierda, un poco adelantado respecto al pazo, hay un pabellón largo que es la cuadra y otras dependencias en la que se instaló una fuente barroca, la fuente de La Coca. El palacio es sobrio, no se visita. Lo importante es el jardín, una especie de bosque cultivado por el que discurren caminos y donde se encuentran árboles notables, algunos catalogados. Todo ello descrito en el folleto que se entregó de la excursión. El jardín es un Bien de Interés Cultural, y se lo merece. Caminar por él es muy sugestivo, invita a la reflexión, a la conversación sosegada, a la contemplación silenciosa. Pero no está exento de riesgo por la irregularidad del suelo, las raíces que lo atraviesan: Luis tropezó y dio con la rodilla en el suelo. Se recuperó estupendamente sin una queja.

Después de admirar las especies más singulares, bajamos al fondo donde hay una cascada sobre una roca granítica suavizada, que cae sobre un pozo amplio y se continúa por canales en escalera para producir aún más saltos. Allí, en el umbrío una mesa de piedra frente a una fuente en la que vimos una salamanquesa. Un lugar acogedor que inspiró a Jovellanos en su estancia en el pazo. Antes habíamos bajado bordeando el seto de camelias plantadas por el "tío Iván" en el XIX, de diversas especies traídas de todo el mundo, ahora miden 4 metros de altura y forman una cortina espesa. Más adelante nos mostraron la *Camellia Sinensis*, la planta del té de donde provienen las camelias de flor. También vimos camelias que nacen de las semillas en el sotobosque. Son bajas, apenas dan flor y cuando la dan son pequeñas, como si regresaran a la especie original pero la hoja ya no contiene las propiedades del té: la cafeína, la teofilina y teobromina. De regreso vimos de lejos un magnífico roble flamígero en el que apuntaba la hoja de color verde ocre. Es una variedad denominada *Fastigiata*, única. Detrás robles carbayos también apuntado la hoja. Para llegar a él recorrimos una avenida cubierta por inmensos olivos que juntan sus copas formando un túnel. Hace muchos años que no se podan de manera que la oliva que dan es pequeña, negra, y no se recoge. Regresamos por otro paseo de olivos. Al final estaba el que fue designado olivo del año en 2005. Lo admiramos coincidiendo con el jurado. Finalizada la visita fuimos a la tienda y salimos cargados de camelias de diferentes colores.

Quedaba la visita a la ciudad de la cultura, lo que más nos inquietaba, no sabíamos qué nos íbamos a encontrar. Es un proyecto muy criticado que nunca se pudo acabar. En el trayecto Michael nos ilustró sobre las coincidencias entre las historia de Santiago y la de Valdediós a través de Alfonso IX, VIII para los gallegos, casado con Berenguela, reina con mucha personalidad que fue muy generosa con Valdediós. Ellos fueron los fundadores en 1200 y la reina aún aportó más bienes propios a lo largo de su vida, sobre todo cuando viajó a Mieres del Camino acompañada de su hijo Fernando que iba a ser III el Santo. Nos retrató la figura y personalidad del rey Alfonso a través de textos contradictorios y nos dio una imagen de la corte en la que un obispo que había hecho las letras en la Sorbona era su principal asesor.

Así, entretenidos con la historia de los siglos XII-XIII, llegamos a la colina de la Ciudad de la Cultura. Una inmenso y cómodo aparcamiento nos recibió. Desde allí ascendimos, conducidos por José Antonio Llavona que muestra siempre intuición para orientarse y disposición a ayudar, contemplando de lejos los edificios ondulados cubiertos de piedra ocre e incomodados por un viento fresco. Llegamos a la plaza frente al edificio principal. A su derecha hay un parque levemente inclinado con juegos para para niños, varios se entretenían allí. Subimos las escaleras, atravesamos las puertas de cristal para llegar a la recepción situada en un enorme hall. Una estupenda guía nos contó con mucha objetividad la historia y la situación actual. Oyéndola nos deshicimos de muchos prejuicios. Pudimos ver la maqueta del proyecto original, 6 edificios que confluían de 3 en 3 en una calle ancha, todos ellos de tejados ondulados simulando la cumbre de un monte o las olas del mar y que las limitaciones presupuestarias obligan a reducir a 4, los de los extremos, por lo que ahora el concepto del conjunto varía: se ven cuatro enfrentados dos a dos con una plaza grande en el medio, como si fuera un cañón en la cumbre. El edificio principal, el primero que visitamos es el museo y sala de exposiciones, ahora sobre el fútbol

gallego. Eso da idea de la gestión cultural del la Ciudad de la Cultura. Solo vimos el enorme vestíbulo de techo alto sostenido por un entramado de columnas de acero, un muro de cristal, varias columnas de refuerzo que además sirven como conductos técnicos en sus falsos muros engrosados. Desde la plaza llegamos a la biblioteca. Antes pudimos ver cómo su tejado sirve para que la gente lo ocupe, escalando por su muro inclinado que se continúa con el de la plaza. Es algo que buscaba el arquitecto. La biblioteca que alberga la nacional gallega, es también de grandes espacios. Nuestra guía nos dice que la zona está cada vez más ocupada por estudiantes. Los otros dos edificios no son visitables. También nos explicó que cada vez más gente viene a disfrutar de los jardines y nos mostró cómo las excavaciones realizadas para asentar los otros edificios, ahora cubiertas por el agua freática, se convirtieron en parque diseñados por jardinistas locales. Finalmente se transformó un edificio que estaba a medio construir para dar cabida a otras actividades, con un concepto diferente, tejados planos de cristal, voladizos, marquesinas.

Salimos de allí muy agradecidos a nuestra guía y con una idea más próxima a la realidad del proyecto. Antes pudimos ver varias maquetas de los otros arquitectos que se presentaron al concurso reducido. Alguno como Alvaro Siza, Santiago Calatrava o Rafael Moneo no las presentaron. Jean Nouvell propuso una especie de tren que atravesaba la montaña en lo más alto que parecía buena idea. También vimos el de Rem Koolhaas que quiso enterrar los edificios con una inmensa lucernaria que incrementaba la luz con cristales y espejos. Imposible porque la roca metamórfica que compone el Gaiás lo impide. El de Peter Eisenman era el más cuidadoso con el paisaje y el más cercano a Santiago: simula el casco antiguo, e incluso dibujó la plaza del Obradoiro y las calles principales que atraviesan la almendra. Además trató de hacer una alegoría a la concha del peregrino, el mismo Eisenman está muy ligado al camino porque su hermano, teólogo, lo hizo casi 20 veces. Como dijo nuestra guía, fue el que más se informó de la historia y realidad de Santiago, de la colina Gaiás y de la mitología local.

De vuelta al hotel miramos en nuestros teléfonos inteligentes los kilómetros recorridos. Casi 10. Un verdadero esfuerzo porque tuvimos que hacerlo por terrenos irregulares, subidas y bajadas. Nadie se quejó: la mayoría tuvo aún energía para salir a recorrer Santiago y cenar en alguno de sus muchos restaurantes.

La visita al museo estaba prevista para las 10,40. Hasta entonces tiempo libre. Todo lo usamos para lo mismo: seguir a Michael en su visita a la catedral. Pocas veces se puede ver con tanta libertad y tranquilidad. Entramos por la puerta sur. La catedral es majestuosa, inmensa. La descripción se puede ver en cualquier texto. Michael y Milagros nos enseñaron las decoraciones de algún capitel y nos explicaron su significado, aquél que los clérigos explicaban al pueblo. Casi todos fuimos a dar un abrazo al Santo y bajamos a la cripta. También visitamos la iglesia más antigua, Santa María la Antigua de la Corticela, fundada por Alfonso III El Magno, hoy integrada en la catedral. No pudimos subir a la galería alta, como nos explicó Augusto Guedes, con quien pasearíamos por el exterior, acogía a las mujeres para que pudieran dormir allí sin ser importunadas por la lascivia: una más corpulenta se ocupaba de evitar que subieran los peregrinos hambrientos de sexo. Porque, como dijo, si se pecaba allí contra el 6º el templo quedaba desacralizado y consagrarlo de nuevo no es tarea fácil.

A las 10,40 puntualmente entramos en el museo. Hay varias cosas allí notables. Mencionamos solo alguna: El coro pétreo del maestro Mateo, una pieza rara, que aunque esté restaurada muestra la imaginación y maestría de Mateo. Las tumbas de los reyes, nos importó la de Alfonso IX por la relación con Valdediós. Un delicado bajorelieve de madera realizado por "la Roldana" la escultora barroca sevillana hoy reivindicada. Magníficos tapices de los países bajos, también, interesantes en el tema pero de menos calidad en la ejecución, los de Goya. El claustro renacentista.

A las 12 el primer grupo entraría a ver el pórtico de la Gloria, el plato fuerte del día. El segundo estaba previsto para las 12,30. Pero cuando llegamos a la entrada nos dicen que el segundo ha de ser a las 12,15 y que no hay otra opción. Fue un momento de pánico. Con una eficacia admirable, Carmen Natal y otros voluntarios localizaron a todos los del segundo grupo que estaban dispersos por la plaza.

La visita al pórtico comienza con el ascenso por una escalera estrecha y empinada de varios pisos. Llegamos a una larga estancia abovedada sostenida por arcos que descansan sobre columnas, los últimos decorados, el Salón de Ceremonias, una sala majestuosa que se utilizaba de comedor en el Pazo de Xelmirez realizado por Pedro Boneth entre 1253 y 1266. Sirve ahora como sala de exposiciones donde se guardan piezas del pórtico que fueron retiradas: un rosetón soberbio, tres caballos enjaezados que salen de un edificio de tres pisos, que aún conservan algo de la policromía. Recuerdan a los caballos pintados hace 40000 años en Chauvet. También destaca un magnífico San Mateo con la mirada atenta al pergamino en el que escribe con el cálamo y la representación terrorífica de la lujuria. Desde ahí la visita al pórtico restaurado.

Como ha sido descrito en el folleto que elaboramos para ilustrar la visita, solo recordar que cuando se le encargó al maestro Mateo la realización del pórtico, la entrada occidental de la Catedral, por tanto, la más importante porque se va de las tinieblas del ocaso a la luz del alba, allí había un terraplén. Tuvo que idear una solución que fue construir bajo el pórtico dos edificios superpuestos, se dice que hay dos catedrales bajo el Obradoiro, no es así, son dos criptas necesarias para asentar el pórtico.

A la 13 horas nos reunimos con Augusto Guedes que ya nos había acompañado en la visita al pórtico, fue el que nos dijo que los estudiantes antes de los exámenes le daban, por la espalda, tres o cuatro "croques", cabezonadas, al Santo, para que les diera suerte. Desde el centro de la plaza nos explicó las torres barrocas, su deseo de conquistar el cielo y la luz. Rodeamos la catedral por el norte, allí, pegada en la fachada este encontramos los muros de la Capilla de la Corticela, que visitamos en el interior, la más antigua. El tejado está protegido con cordones. Es que los jóvenes se subían a beber cerveza y mirar a las chicas que iban a pedir matrimonio. Seguimos rodeando hasta llegar a la puerta románica de Platerías, en el lado sur. Allí Augusto nos describió la representación y nos explicó su significado. Todo en el románico tenía un sentido educativo, servía para educar y sobre todo atemorizar al pueblo, obligarlo a cumplir los preceptos bajo amenazas que se hacían realidad en las representaciones pétreas.

Una magnífica comida en la calle Carretas, la que bordea por el oeste el Hostal de los Reyes Católicos fue el colofón de una excursión estupenda. Nos dieron una sabrosa empanada de carne con mucha cebolla, una vieira también bien encebollada y una merluza fresca, de un blanco asombroso, de magnífica textura, completando el menú con tarta de Santiago. Era tan buena la comida que corrió otra vez el vino, tanto que el restaurante tuvo que incrementar la cuenta. Bienvenido sea porque lo disfrutamos.

A las 8,30, cuando empezaba el partido y Luis cambió de cadena para escucharlo llegamos a Gijón. Más tarde sabríamos que había ganado.

Martín Caicoya